

A principios de febrero del 2004 moría en Barcelona, a los 57 años de edad, Marc Torrell Rossell. Cuando este recordatorio vea la luz, se habrá cumplido un año de su ausencia. ¿Pero quien era Marc Torrell?. Se podría decir, para aquellos urólogos que no le conocieron, que fue una persona que sentía aquella especialidad con una intensidad y una dedicación difícil de entender en tanto en cuanto él no era urólogo. ¿Y cual era la razón de ello?. ¿A que se debe que un oncólogo radioterapeuta envíe una carta “in memoriam” al director de una revista urológica, si la persona a recordar no era urólogo?. Se debe principalmente a que su muerte dejó un extraño e inmenso vacío en la urología catalana y que muchos de sus amigos, de mis amigos urólogos, estarán de acuerdo con este recordatorio.

Marc fue nieto e hijo de médico, e incluso llegó a cursar hasta el tercer año de esta licenciatura en las viejas aulas de la Universidad de Barcelona, aneja al Hospital Clínic. Decidió un día, por razones que no vienen a cuento, abandonar dichos estudios, e iniciar su profesión de visitador médico. Al poco tiempo se dedicaría, casi con exclusividad, a la visita del especialista en urología. En dichos departamentos encontraría de nuevo a compañeros que habían finalizado la carrera e iniciaban la especialidad. Al mismo tiempo entablaba relación profesional y de amistad con otros jóvenes residentes, que con el paso de los años, desempeñarían importantes responsabilidades en la docencia, la práctica quirúrgica y en el desarrollo de la especialidad urológica. Aún eran tiempos en los que un cierto despotismo autoritario reinaba en algunos servicios medicoquirúrgicos pero Marc siempre creyó en los residentes. Contra viento y marea llevó esta opinión y como siempre sucede el tiempo acabaría dándole la razón. Y por ejemplo, uno de esos residentes, llegaría a ser catedrático. La preocupación de Marc le llevó no solo a apoyar la formación continuada de estos jóvenes urólogos (cuando pocos laboratorios lo hacían entonces), si no con el tiempo incluso se convertiría en una especie de agencia de colocación. Hoy en día ya son muchos, que le deben su primer trabajo, sustitución e incluso una plaza fija. La generosidad era una de sus características.

Conocí a Marc en una reunión urológica celebrada en el Hotel Carlemany de Girona. Debía ser el año 1998. Desde 1994 había comenzado a seguir las recomendaciones de la RTOG sobre el tratamiento radioterápico del cáncer de próstata y creó que llevé a ese congreso, mis primeros casos de pacientes añosos y con pluripatología asociada que eran entonces los únicos pacientes con cáncer de próstata que se remitían por esos años a los Servicios de Oncología radioterápica españoles.

No consigo recordar quien me presentó a Marc en aquella ocasión. Solo que acabamos hablando amigablemente, como viejos conocidos, a lo largo de 2 cortas horas. De esta manera se iniciaba una amistad que fue creciendo en intensidad con el tiempo favorecida tanto por mi dedicación a la urooncología como por mi preocupación por ofrecer en la práctica, a nuestros pacientes, un enfoque y tratamiento verdaderamente multidisciplinario. De esta manera fui coincidiendo con él en numerosas reuniones urológicas, así como en las frecuentes visitas que hacía a nuestro Hospital. Era un fenómeno verlo llegar a la Cátedra de urología, minutos antes de iniciar nuestro comité oncológico, y contemplar como “viejos” y jóvenes urólogos se arremolinaban alrededor de él. Tuve también la suerte que me incluyera en su interminable lista de médicos a visitar y como ya he comentado la oportunidad de cultivar su amistad. En una época que el desprestigio de la clase médica ha llegado a cotas máximas, en el que el desencanto (por mucha vocación que se pueda tener), se extiende a todos y en el que la masificación del día a día le come a uno, la aparición de Marc, en la consulta, siempre

representaba una sonrisa, que a menudo se convertía en carcajada, y esencialmente en un respiro mental indispensable. Algunos cafés con él, conversaciones mantenidas con amigos y compañeros alrededor de una mesa, que me vienen a la memoria cuando le evoco, son de los mejores momentos que recuerdo haber tenido en esta vida. Marc tenía una gran facilidad en conectar con el ser humano que somos cada uno, y que a veces la espiral del trabajo lleno de dificultades y frustraciones nos hace olvidar. Y también era una imagen a imitar en el cultivo equilibrado de la amistad, el trabajo y la familia. Quienes tuvimos la suerte de tratarle nos admirábamos por su capacidad de trabajo y por su generosidad para con todos.

Marc fue una persona muy vital que vivió muy intensamente. Muchos le recordamos siempre con el cigarro en la mano y también diciéndole que fumaba demasiado.

En febrero del 2003 una afonía avisaba tardíamente que algo funcionaba mal en sus pulmones y poco tiempo después me correspondería tratarle como a un paciente. En esta nueva faceta Marc continuó dándome lecciones de humanidad y de entereza que aún hoy intento asimilar e incorporar y que difícilmente podré olvidar.

Durante éste tiempo recibí numerosísimas llamadas y correos de compañeros urólogos, de sus amigos, preocupados por él, conscientes de la gravedad del proceso. Nunca en ninguna momento de su proceso fue capaz de renunciar a “sus urólogos” y a un ritmo muy pausado continuó visitándoles hasta literalmente el último día. Afortunadamente, en los últimos meses de su vida recibió de sus amigos y de su familia gran parte de la calidez humana que supo regalar a los demás.

En el Tanatorio de Les Corts, en Barcelona, se dieron cita gran parte de la urología catalana, y todos sus compañeros “competidores” de la industria farmacéutica, para recordarle.

Desde entonces a muchos urólogos catalanes, (a mi también me sucede a menudo), les cuesta creer que ya no compartirán buenos momentos con él, e incluso cuando corren apresurados hacia la consulta piensan que en cualquier momento aparecerá por un pasillo, cruzará el umbral de la puerta del Departamento, o les avisaran que les espera una llamada suya en el teléfono.

Sabemos que la vida por definición, por biología, se convierte en muerte. Por mucho que hayamos sido jóvenes y nos hayamos creído inmortales e invencibles. Nuestra profesión nos lo dice a cada momento. Y con el paso de los años, con el tiempo, la experiencia y la madurez somos capaces de ir imbricando estas dos realidades, vida y muerte, como la unidad que esencialmente es. Nuestros pacientes, nuestros compañeros, nuestros amigos en su unidad humana y finita, como la nuestra, se incorporan al bagaje propio con una profundidad, con un calado mucho mayor del que solemos reconocer. A veces tan solo es necesario ser humilde, reconocerlo, y darles las gracias.